

CRÍTICA DE LIBROS

OVEJERO, A. (2004, reimpresión 2009). *Globalización, sociedad y escuela: cómo hacer frente a los principales problemas actuales desde la Psicología Social Crítica*. Valladolid: Secretariado de publicaciones de la Universidad de Valladolid.

Estamos ante un libro del profesor Ovejero Bernal, catedrático de Psicología Social de la Universidad de Valladolid, autor de numerosas publicaciones en esa área, en las que ha abordado además gran amplitud de temas, desde sus estudios sobre las actitudes autoritarias, sobre el aprendizaje cooperativo y la psicología social de la educación, hasta las técnicas de negociación, el *mobbing*, o la psicología jurídica, pasando por aproximaciones de más amplio alcance sobre la postmodernidad y la globalización, y deteniéndose también en la aportación de libros de tipo manuales, tanto de la propia psicología social como del comportamiento colectivo.

Si nos fijamos tanto en el título como en el subtítulo del libro que comentamos aquí, vemos que reflejan cómo el autor, desde una perspectiva de la psicología social crítica, quiere hacer un recorrido sobre algunos de los principales ejes de interés social que afectan a nuestro mundo globalizado, como son el neoliberalismo, la postmodernidad, la globalización, el conflicto Norte-Sur, el racismo o la sociedad del bienestar. Para culminar el libro, el autor dedica un capítulo especial al acercamiento desde el mundo de la educación a estos nuevos retos.

Como se deriva del alcance de los temas abordados en esta obra, y también de la variedad de publicaciones previamente señalada, estamos ante un autor que, firmemente aposentado en la psicología social, se siente intelectualmente inquieto y se moviliza ante las injusticias y los problemas colectivos que sacuden a nuestra sociedad, y lo hace desde una posición crítica y comprometida, nítidamente explicitada. Entiende la psicología social como disciplina intrínsecamente conectada a las demás ciencias sociales, como la sociología o la historia, y así queda patente a lo largo de esta obra, la cual es fruto de la intersección entre dichas disciplinas. Un buen ejemplo de ello es el capítulo titulado “Modernidad y Holocausto: ¿Es posible otro Auschwitz?”. Se busca una buena contextualización de los problemas presentes y su conexión con el pasado para poder proyectarlos de la mejor manera y con las mejores herramientas sobre el futuro. Esa contextualización se centra especialmente en el triángulo formado por los tres núcleos estrella del libro: el neoliberalismo, la globalización y la postmodernidad.

A lo largo del texto se analizan esos grandes problemas sociales comentados, de rabiosa y plena actualidad, con un agudo sentido crítico, del que podría derivarse,

como el propio autor comenta, una visión del mundo aparentemente pesimista, aunque él mismo se ocupa de matizarla defendiendo que se trata más bien de una visión realista. En cualquier caso, desde un ángulo constructivo, el autor habla de las medidas a tomar para hacer frente en mejores condiciones a esos problemas, y las resume en tres principales: “Aumentar la capacidad de autonomía y de pensamiento crítico de los ciudadanos”, “Incrementar el grado de apoyo social y mejorar la integración de personas en redes” y “Mejorar nuestras habilidades de cooperación y nuestros sentimientos y conductas de solidaridad”. El final del libro es pues un grito de esperanza, una llamada a que desde la conciencia libre y autónoma, la ciudadanía se movilice, construya y fortalezca sus redes de asociacionismo, y desde la cooperación y la solidaridad prevenga y corrija las injusticias sociales. Este mensaje proactivo y humanista cierra un libro que aborda temas candentes de nuestra sociedad, un libro escrito con lenguaje accesible y claro, que trasluce el apasionamiento intelectual y la implicación directa con que el autor lo afrontó. Es en este sentido un libro de autor que no puede dejar indiferente al lector.

Álvaro Rodríguez Carballeira

Wengrower, H. y Chaiklin, S. (Coords.) (2008). *La vida es danza. El arte y la ciencia de la Danza Movimiento Terapia*. Barcelona: Gedisa.

La editorial Gedisa ha tenido el acierto de publicar este libro que, coordinado por dos danzaterapeutas de reconocido prestigio internacional, nos introduce por primera vez en lengua castellana, a los fundamentos, características y aplicaciones de una profesión relativa al ámbito de la salud mental. La Danza Movimiento Terapia comenzó en la década de los cuarenta a partir de la experiencia de trabajo de algunas bailarinas, singularmente Marian Chance, en el ámbito psiquiátrico y docente estadounidense. Posteriormente se formalizó como profesión, difundiéndose y asentándose en diversos países allende nuestras fronteras. Aunque haya transcurrido mucho tiempo desde entonces y a pesar de que algunas de nuestras Universidades, entre ellas la UB y la UAB, ofrecen cursos y postgrados especializados, sigue siendo una disciplina escasamente conocida entre nosotros.

Para darnos a conocer El Arte y la Ciencia de la Danza Movimiento Terapia, sus coordinadoras han recabado la colaboración de dieciséis expertas en la materia, quienes, en forma de artículos, nos aportan una visión armónica y reflexiva acerca de los marcos teóricos en los que se apoyan y las técnicas específicas que ellas emplean en distintas áreas de su quehacer profesional.

Tras el prólogo firmado por el Dr. Valentín Barenblit, los agradecimientos, una presentación mínima de cada autora y un breve capítulo introductorio en el que se explicitan los objetivos y los ejes en torno a los cuales se articulan los trabajos que se nos presentan, el resto del libro se organiza en tres partes, a saber: Conceptos básicos, El paso de la teoría a la práctica, Métodos de observación del movimiento y diagnóstico y aspectos integrales de la práctica.

Esta estructura permite no solamente que la riqueza conceptual, la variedad de enfoques, la abundancia de ideas originales, de matices y relaciones, no desborde al lector, sino que le ofrece además una visión pormenorizada a la par que ordenada y global de la profesión. Por otro lado y especialmente para personas que ya tienen conocimientos sobre la materia o que simplemente prefieren una lectura menos sistemática, se abre la posibilidad de abordar independientemente aquellos capítulos de su particular interés.

El libro se cierra con un Epílogo de las coordinadoras en el que subrayan algunas ideas relevantes que atraviesan y dan unidad al conjunto de la profesión y a la totalidad de los textos que se incluyen en esta obra.

Sin embargo y como es lógico, lo que más allá de los aspectos formales hace altamente recomendable la lectura de este libro e incita mi comentario, es su contenido.

Se explicita o no, en el trasfondo de cualquier forma de psicoterapia subyace una cierta concepción antropológica, es decir una versión más o menos elaborada del ser humano. Por más que, a consecuencia de la tradición disciplinar y de las exigencias de cierto tipo de científicidad predominante sobre todo en medios académicos, la psicología conserva un apego latente al dualismo y a la parcelación, nadie en la actualidad pone en duda que el ser humano es y se configura en la interrelación de las dimensiones biológica, psicológica y social. Pero otra cosa muy diferente es como se juegan esos tres planos en el ejercicio de cada una de las modalidades psicoterapéuticas al uso. Por poner algún ejemplo, diré que hay una gran contraste entre considerar lo biológico, lo fisiológico o, si se quiere, lo somático como mero soporte de lo mental sobre lo que prioritariamente se focaliza la acción terapéutica o, por el contrario, entender que lo mental es un simple epifenómeno de los procesos fisiológicos o neurológicos en los que el clínico debe incidir. Otro tanto sucede en el plano de lo social, que puede verse como una esfera exterior al sujeto con la que éste interactúa sensorial y motrizmente, o bien como el conjunto de factores culturales y relacionales que moldean su subjetividad y configuran su identidad. Al margen de estos ejemplos que, como tales son simplificadores, lo cierto es que en la práctica casi siempre se da una jerarquización y se tiende a privilegiar unas dimensiones sobre otras imprimiendo un sesgo determinado a cada modalidad terapéutica.

En cambio, la Danza Movimiento Terapia, se nos presenta como una forma de psicoterapia basada en *la concepción del ser humano como unidad indisoluble "cuerpamente"*¹ apelando al movimiento y la creatividad como las formas filogénica y ontogénicamente más primarias de expresión y acción humana. De hecho, como se explica en el primer capítulo, desde la noche de los tiempos la humanidad ha entendido el valor expresivo que individual y grupalmente tienen el movimiento y la danza que, junto al ritmo y la música, ha utilizado y utiliza para toda clase de cosas: para actualizar el sentido comunitario, para comunicarse y pedir la protección de los dioses, como ritual de paso, como celebración de bienvenida, de dolor, de alegría, como vía para alcanzar el éxtasis, etc. Por otra parte, desde el estadio fetal en adelante, el impulso biológico al movimiento está siempre presente en nosotros, si bien la maduración y la educación atempera su calidad y posibilita su control.

¹ *Sic*, pág 39.

Pues bien, superando el saber intuitivo y anclándolo en diferentes discursos científicos actuales, la DMT reedita en parte ese saber y actúa en base a la convicción de que los gestos, los desplazamientos de todo o parte del cuerpo, la orientación y ocupación del espacio, el ritmo, la actitud física, las posturas, el flujo, la secuencia, la armonía, la repetición, la fuerza y la velocidad de los movimientos, revelan analógica o simbólicamente, concientemente o no, nuestras sensaciones, emociones, sentimientos, deseos, impulsos, ideas y formas de relación. De manera que, en condiciones determinadas, suscitando el movimiento (o la danza) puede vehiculizarse toda la riqueza de la subjetividad.

Pero a diferencia de lo que una mirada superficial pudiera sugerir, no se trata de una versión de la Psicomotricidad que centrada en parámetros musculares se aplica a la mejora de destrezas motoras, ni tampoco de conseguir los efectos catárticos supuestamente liberadores que se proponen algunas otras terapias corporales, sino de una psicoterapia en el sentido pleno de la palabra.

A mi juicio, por más que la catarsis pueda ser una vivencia liberalizadora, no debe considerarse realmente terapéutica en la medida que no implica cambio permanente, sino descarga momentánea, mientras que el objetivo de la psicoterapia es el cambio, en el sentido de mayor bienestar y salud mental.

Según mi lectura, hay varios factores en la Danza Movimiento Terapia que la llevan mucho más allá de la psicomotricidad o la catarsis. En primer lugar el hecho de que las sesiones terapéuticas parten de las posibilidades de movimiento, presentes y actuales de cada persona o cada grupo en el marco de una relación terapéutica. Relación en la que, como es sabido, además del clima de verdadera confianza necesario para la expresión de la intimidad, se toma muy en cuenta la dinámica transferencial implicada. Esto, además de que, insisto, no se propone el entrenamiento de buenos danzantes, sino precisamente fomentar la creatividad y ampliar el bienestar en orden a su salud mental.

El segundo aspecto diferencial es que el terapeuta participa activamente en el proceso acompañando con su propio movimiento los movimientos del paciente. De manera que se abandona el formato habitual de una persona que se mueve y la otra que le observa y se sustituye por otro en el que una o más personas se mueven juntas. Tanto es así que si aún alguien, por cualesquiera motivos, no quiere o no puede moverse, puede participar y estar comunicado con la actividad grupal desde sus posibilidades (por ejemplo siguiendo el ritmo con un pie, o moviendo las cejas). Esto se explica si se tiene presente que, por más énfasis que se ponga en el cuerpo, lo verdaderamente importante es la vivencia del mismo y la conexión con las propias emociones. En otros términos, la creatividad que, sea como proceso o como producto, es entendida aquí como *originalidad subjetiva*, es decir, *los cambios que la persona puede explorar personalmente*² o también los cambios que puede autogenerar.

Ahora bien, “*explorar personalmente*” puede querer decir vivenciar: un primer paso necesario pero insuficiente para autogenerar cambios. Para conseguirlo hay que tomar conciencia de la propia experiencia y reflexionar sobre ella. Dicho de otra manera, se necesita pasar del registro primario al secundario.

² Sic, 43

El término reflexión tiene múltiples significados de los cuales, en este caso, tomaré aquel que se refiere a volver conscientemente sobre sí mismo. Hay diferentes formas de hacerlo. Una de ellas, que la DMT toma del psicoanálisis, es la asociación o conexión de la situación o vivencia presente con ocurrencias, recuerdos, imágenes, deseos o experiencias anteriormente sentidas. Cuerpo, danza, sentimiento y palabra se muestran ahí unitariamente como manifestación del *self*, otro concepto de entre los muchos que, como vamos viendo, la DMT toma del psicoanálisis. Son precisamente esos encuentros, esas sincronías cargadas de emoción que conocemos como *insight*, las que propician modificaciones internas. Seguramente, dentro de una sesión, gracias a la comunicación empática y a las técnicas de acompañamiento que se emplean durante la danza, una persona puede hacer ese tipo de conexiones “espontáneamente”; pero también pueden producirse después, cuando se comparte la experiencia, se habla y se reflexiona en grupo sobre todo ello.

Otra peculiaridad de la DMT es la función de la palabra como forma de comunicación y como herramienta técnica. Comunicativamente se usa para transmitir, para explicar, para señalar y promover. Pero también, como se explica en el capítulo cuarto que cierra la primera parte del libro, en determinadas situaciones puede ser adecuado emplearla junto al movimiento para crear analogías, metáforas e incluso narraciones a través de las que se canalizan contenidos emocionales.

La segunda parte del libro se inicia con un capítulo en el que se presenta un interesante modelo, que aunque pensado para el abordaje terapéutico de trastornos mentales graves es adaptable para otras posibilidades diagnósticas. Su nombre BASCICS es el acrónimo de las palabras inglesas Body Attitude, Selfhood, Communication y Interpersonal Dynamics. El modelo recoge y ordena los elementos que se requieren para desarrollar sesiones eficaces y creativas. Tales elementos se estructuran en dos sistemas relacionados entre sí, uno intraactivo, referido a la actividad interna del sujeto y el otro interactivo o de relación con los demás. El primer sistema recorre y jerarquiza los diferentes niveles que configuran la Body Attitude, desde la imagen corporal a la conciencia espacial, y también aquellos otros que conforman la Selfhood que abarca las transiciones entre el autoconcepto y la creatividad. Bajo el segundo, el interactivo, se reúnen los niveles que atañen a la Communication, desde el movimiento como forma de diálogo a la verbalización, y la Interpersonal Dynamics, que transcurre desde la alianza terapéutica a la socialización. A lo largo del capítulo se precisa el significado conceptual y las implicaciones de cada nivel y se exponen indicaciones y técnicas precisas para trabajar con ellos.

Es interesante la precisión conceptual, la sistematización de observaciones y la variedad de técnicas que este modelo supone, pero aún lo es más el énfasis con el que se subraya la concepción activa del sujeto o sujetos en psicoterapia. Por muy grave que sea su trastorno y por muy profundamente que esté afectada, la persona no es sencillamente un enfermo clasificado según una etiqueta diagnóstica, o un receptor pasivo del tratamiento, sino que hasta donde pueda alcanzar, es artífice de su propio proceso. El acento se pone más en lo que cada persona es y en lo que, a pesar de todas sus limitaciones, puede hacer, que en lo que no es o no tiene capacidad de hacer.

Desde esta concepción del sujeto, que atraviesa todos y cada uno de los capítulos de esta segunda parte (y en verdad de todo el libro) y la puesta en juego de algo tan primario como el movimiento, la Danza Movimiento Terapia se hace aplicable a gran

cantidad de situaciones individuales o grupales y a personas cuya afectación patológica les impide o contraindica el acceso a otras formas de psicoterapia.

A partir de estos planteamientos es posible trabajar tanto con personas sanas como con demenciadas, lesionados cerebrales o autistas, así como también hacerlo con familias o con niños muy pequeños. La cuestión es encontrar o construir las herramientas técnicas adecuadas.

La reflexión sobre las actividades que le son propias es uno de los indicadores de la madurez de una profesión. Cualquiera que sea la actividad que se desarrolle y especialmente cuando ésta significa asumir la responsabilidad de incidir en la intimidad, el equilibrio, el bienestar y la salud de otras personas, genera una serie inacabable de interrogantes, tales como:

*¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo dar cuenta de lo que hago? ¿Cómo puedo saber si logro ayudar? ¿Acaso hago más daño de lo que ayudo? ¿Qué ven y experimentan los pacientes cuando me muevo? ¿Puedo comunicarme con mis pacientes a través de mis movimientos? ¿Mi cuerpo expresa los sentimientos con claridad?*³

Pues bien, los intentos de respuesta a estas preguntas por parte de diferentes bailarines y danzaterapeutas, que se esforzaron por comprender en profundidad su propia actividad, por compartir su experiencia y eventualmente aplicarla como generadora de salud mental y senda de formación de nuevos profesionales, derivaron en la creación de teorías y métodos específicos de observación y anotación del movimiento que, además de paliar las incertidumbres acerca del valor y las consecuencias de la danza, permiten a los profesionales ajustar sus diagnósticos y sus técnicas, registrar los procesos y las secuencias de cambio de sus pacientes y transmitir informaciones precisas acerca de su actividad y sus resultados.

A tres de esos métodos, Laban, Kestenberg y EMOTORICS, están dedicados sendos capítulos en la tercera parte del libro

Para alguien quien, como es mi caso, apenas tiene cuatro nociones superficiales sobre este tema, la lectura de esta parte se hace más difícil y laboriosa. Se requiere un esfuerzo imaginativo considerable para hacerse cargo de la complejidad de los esquemas referenciales que se utilizan y comprender el significado de la multidimensionalidad de los modelos. Una tiene la sensación de que la falta de experiencia en danza traba el entendimiento y si esto es así la lectura será más estimulante para aquellos que sí la tengan.

En todo caso y a modo de impresión puedo decir que el modelo de Laban me parece el más completo y sofisticado por cuanto permite observar simultáneamente tanto la dirección como las cualidades, características y tonalidades emocional de cualquier movimiento. En cambio los de Kestenberg y el EMOTORICS, aunque también precisos y sofisticados, son, a mi entender, menos elaborados, aunque como dije, no tengo conocimientos suficientes como para considerar como opinión formada lo que tan sólo es una impresión.

Esta tercera parte incluye también un par de capítulos más, en los que por un lado se estudia y se advierte de cómo las cualidades, el significado y las emociones

³ Pág. 239-240

que se expresan a través del movimiento se relacionan con el contexto sociocultural (y en ese sentido el ejercicio profesional en diferentes culturas requiere de las necesarias modificaciones y adaptaciones técnicas) y, por otro lado, se hace hincapié en la importancia, los alcances, las peculiaridades y dificultades que tiene la investigación en este ámbito y la necesidad de fomentarla en aras de la mejora y el progreso profesional.

Por último, se recogen testimonios acerca de la recepción que está teniendo la Danza Movimiento Terapia en Barcelona.

Para finalizar, señalaré que tanto por la novedad del tema, la forma en que es tratado, el rigor conceptual y formal, la claridad expositiva, la riqueza de ideas y de sugerencias, así como las citas y referencias bibliográficas, la lectura de este libro no sólo me parece estimulante sino altamente recomendable para todos aquellos que, personal o profesionalmente, estén interesados en las relaciones entre el arte, la creatividad y la ciencia, o comprometidos con en el amplio y variado campo de la salud mental.

Mari Carmen Giménez

Eduardo Crespo, Carlos Prieto y Amparo Serrano (Eds.) (2009): *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: Paradojas del empleo en una sociedad en transformación*. Madrid: Editorial Complutense/CIS.

Como su propio título indica, este libro pretende analizar las relaciones y/o vínculos entre trabajo y subjetividad en el actual momento del último capitalismo, pues como escriben los propios autores en el comienzo mismo de la Introducción, «la economía capitalista ha sufrido importantes mutaciones desde los años setenta del siglo XX y, con ellas, se han transformado igualmente el sentido del trabajo, la noción de ciudadanía y la subjetividad misma de los trabajadores». Más específicamente, lo que intentan en ese libro una serie de especialistas en ciencias sociales, tanto españoles como de otros países, es analizar la influencia que tiene el actual capitalismo hegemónico, global y ultraliberal, y sobre todo sus consecuencias, en la noción misma de ciudadanía así como en la propia subjetividad de los trabajadores, partiendo de un concepto muy foucaultiano como es la dimensión positiva del poder: el poder, precisamente para poder ejercer la influencia que se le exige a todo poder, no sólo reprime y controla, sino que también es positivo, construye y crea nuevas subjetividades que se ajusten a sus intereses. De alguna manera era lo que hace ya 150 años decía el propio Carlos Marx, autor, sin embargo, del que Foucault no quiso ni oír su nombre. Decía Marx en 1857 que “el trabajo es una actividad positiva, creadora”. Y el objetivo principal de los autores de este libro, deudores de diferentes maneras, aunque algunas muy sutiles, tanto de Foucault como de Marx, es precisamente estudiar cómo está influyendo el actual capitalismo y sus prácticas (flexibilidad, precariedad del empleo, etc.) en la construcción de la subjetividad humana y, por tanto, en la construcción de la propia identidad de los hombres y mujeres sometidos a tales prácticas.

Por consiguiente, de alguna manera podemos decir que este libro supone también un análisis original del actual capitalismo. En efecto, en los años setenta, aprovechando la crisis energética del momento, los ultraliberales hicieron una enmienda a la totalidad de lo que suponía el Estado del Bienestar y pusieron las bases para una modificación radical del modo industrial imperante. Para ello su ataque principal y más incisivo se dirigió no contra el Estado, como a menudo decían y siguen diciendo (“El Estado es el problema”), sino contra el Estado Social, contra los derechos sociales y hasta políticos de la clase trabajadora, para lo que, tras hacerse con el poder después de las victorias de Margaret Thatcher en el Reino Unido (1979) y Ronald Reagan en Estados Unidos (1980), tomaron las medidas oportunas para disolver el propio concepto de “clase trabajadora”, situación en la que nos encontramos actualmente (de ahí la nula capacidad de resistencia de los trabajadores y sus debilitados sindicatos ante la obscenidad que suponen las políticas de los gobiernos para salir de la actual crisis, precisamente premiando con dinero público a los magnates y directivos empresariales causantes de tal crisis, con la excepción de Madoff que, con todos los merecimientos, está haciendo de cabeza de turco y está sirviendo eficazmente para falsear lo que realmente está pasando). Responder a la cuestión de cómo está influyendo la desaparición de la “clase obrera” en la identidad de los propios trabajadores es, pues, uno de los más interesantes objetivos de este libro, objetivo que, desde diferentes enfoques, persiguen varios de los capítulos aquí incluidos.

De hecho, como se dice en la Introducción, esa modificación radical del modelo industrial que estamos viviendo durante los últimos 25 o 30 años está haciendo que se disuelva el sentimiento de estabilidad que era propio del modelo anterior, sentimiento que se refleja principalmente en la estabilidad en el empleo, pero también en las garantías de protección social que daba el Estado Social (sanidad y educación gratuitas, seguro de desempleo, pensiones dignas de jubilación, etc.). Ese sentimiento de estabilidad está siendo sustituido por otro, que cada vez afecta a más trabajadores y sobre todo trabajadoras, y cada vez está haciéndose más estructural: el sentimiento de crisis y de vulnerabilidad. Como diría Zygmunt Bauman, la Modernidad sólida es cosa del pasado y ahora estamos ya en una Modernidad líquida, que algunos preferimos llamar Postmodernidad. Pues bien, por fuerza estos cambios estarán modificando, y de una forma sustancial, profunda y hasta radical, la identidad de las personas y su propia subjetividad. Por tanto, lo que quieren los autores de este libro es precisamente analizar los cambios ideológicos (o morales, como los llama Eduardo Crespo) que dan sentido a la nueva situación.

Además, y por otra parte, esa nueva situación, la llamada globalización ultraliberal, ha dado un poder y una riqueza hasta hace poco impensables a los más poderosos y más ricos, hasta el punto de que una de las consecuencias de tal globalización está siendo justamente un incremento sin precedentes de la desigualdad social: los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. Y ello, paradójicamente y en contra de lo que decían los neoliberales, está siendo una de las principales causas de la actual crisis económica, pues tal desmesurada acumulación de dinero en un solo sector social, relativamente minoritario, está teniendo como uno de sus principales efectos el dar un protagonismo cada vez mayor a una economía financiera que llega a menudo incluso a suplantar a la economía productiva, que es realmente la que crea empleo, lo que acarrea un desempleo creciente y probablemente estructural, con los sentimientos

de inseguridad e incertidumbre que ello, inevitablemente, conlleva. Si a este aumento del desempleo, unimos la reducción de la protección social estatal y el incremento de la precariedad laboral, no nos extrañará que los sentimientos de miedo al futuro, incertidumbre e inseguridad estén aumentando de forma incontenible. Pero, como señala en su capítulo Luis Enrique Alonso, la precariedad laboral, más que una disfunción en el nuevo escenario económico postfordista, constituye un factor esencial para fomentar la adhesión ideológica de los trabajadores al nuevo sistema económico. De esta manera, concluye Alonso, el trabajo deja de ser una experiencia colectiva para pasar a reforzar los requisitos invocados de adaptabilidad a las demandas del mercado. La noción de solidaridad, pues, se individualiza, se privatiza y se fragmenta, vulnerabilizando la posición del trabajador frente al capital, con lo que aumenta aún más su incertidumbre y su inseguridad, incertidumbre e inseguridad que serán mayores aún si tenemos en cuenta que una de las finalidades de este nuevo capitalismo es precisamente la psicologización política del trabajo, o sea, “la transformación de los problemas sociales en problemas personales”. Con ello se convence a las víctimas de que son ellas las responsables y hasta culpables de lo que les ocurre.

Un segundo efecto de este fenómeno de acumulación de cada vez más dinero en pocas manos consiste precisamente en que, con la liberalización de los mercados financieros, se ponen en juego ingentes sumas de dinero que se mueven con total versatilidad y descontrol, generándose con ello nuevos sentimientos de inseguridad radical. Si a ello añadimos la entrada masiva de las clases medias en la especulación bursátil, entenderemos mejor cómo los conceptos de trabajo, ahorro y esfuerzo, propios de la Modernidad sólida, están siendo sustituidos por otros como el riesgo y la incertidumbre, propios de la presente Modernidad líquida. Por fuerza ello estará teniendo su plasmación psicosociológica en la construcción de las nuevas subjetividades, que de alguna manera podemos decir que se refleja, por utilizar la feliz expresión de Richard Sennet, en la “corrosión del carácter” de los actuales trabajadores y trabajadoras. Eso es precisamente lo que se analiza en este libro.

Por último, resulta de gran utilidad constatar cómo un concepto tan psicosocial como el de *identidad* va vertebrando, de alguna manera, todo el libro, destacando, en este sentido, el capítulo de Helène Garner, Dominique Méda y Claudia Senik, en el que sus autoras plantean explícitamente el trabajo como elemento central de la identidad de las personas.

Pero tal vez podríamos decir que el núcleo esencial de este libro es la consideración de que los anteriores cambios, como subrayan sus autores, “afectan de modo profundo a la constitución del sujeto político propio de la modernidad democrática, el sujeto ciudadano, que ve transformada de la noche a la mañana su identidad y al que se le propone un régimen selectivo de recompensas, lo que ha dado en denominarse *workfare*. La obsolescencia en la gestión de muchos servicios públicos y la nueva oleada de legitimación privatizadora hacen que se cuestionen y se modifiquen servicios públicos que estaban bien instalados bajo la cobertura ideológica de que “lo privado funciona mejor”. La progresiva desaparición, o privatización, de tales servicios sociales incrementa aún más los sentimientos de inseguridad y de incertidumbre.

Ahora bien, como ocurre en todos los libros colectivos, también en este se observa una cierta descompensación y desigualdad entre los diferentes capítulos, aunque, sin embargo, todos ellos tienen un cierto “parecido de familia”.

Estamos, en todo caso, ante un libro lúcido y crítico, que analiza, en profundidad y desde diferentes enfoques, las consecuencias que los profundos cambios que en la actual globalización ultraliberal dominante e, incluso, hegemónica está sufriendo el mundo del trabajo, globalización que, como sabemos, es una rara mezcla de fuerte liberalismo económico y de profundo conservadurismo social y político. Lo que hace este libro, pues, y lo hace, a mi juicio, de una manera aún más clara e incisiva de lo que lo hacían Boltanski y Chiapello, es desenmascarar el nuevo espíritu del capitalismo y sus sutiles formas de dominación y de represión, por lo que constituye un texto imprescindible para una visión crítica y lúcida de la situación económica y laboral que estamos viviendo actualmente y de sus inquietantes consecuencias.

Y todo ello lo explica el libro en tres partes. La primera parte (*Ideologías del trabajo y subjetividad*), incluye cuatro capítulos desarrollados respectivamente por Mateo Alaluf, de la Universidad Libre de Bruselas (“La ciudadanía social erosionada por la moral”), el segundo por Eduardo Crespo, de la Universidad Complutense de Madrid (“Las morales del trabajo”), el tercero por Mattieu de Nanteuil, de la Universidad Católica de Lovaina (“La experiencia sensible por una fenomenología del trabajo y el espacio público”) y el cuarto por Didier Demazière, investigador de la CNRS de Francia (“Ejercer una nueva actividad de servicio: la difícil producción de sentido”). La segunda parte (*Significado del trabajo y vida personal*) consta de otros cuatro capítulos, escritos respectivamente por Juan Carlos Revilla y Francisco Tovar, de la Universidad Complutense de Madrid (“La (re)producción narrativa de la identidad laboral y sus condiciones de posibilidad”), por Hélène Garner, Dominique Méda y Claudia Senik, de la Universidad de la Sorbona de París (“El lugar del trabajo en las identidades”), por Javier Callejo, de la UNED (“Las transformaciones del sentido del trabajo: Un análisis comparativo entre generaciones”) y por Carlos Prieto, de la Universidad Complutense (“El valor del trabajo y de la ‘vida personal’: lógica ‘universal’ y lógica de género”). Y finalmente, la tercera parte reúne los tres últimos capítulos, a cargo de Luis Enrique Alonso y Carlos Jesús Fernández Rodríguez, ambos de la Universidad Autónoma de Madrid (“Usos del trabajo y formas de la gobernabilidad: la precariedad como herramienta disciplinaria”), Amparo Serrano Pascual, de la Universidad Complutense (“Regulación supranacional y despolitización del trabajo: el caso del paradigma de la activación”) y, por último, Robert Salais, de la Escuela Normal Superior de Cachan, en Francia (“La incorporación del enfoque de la capacidad a las políticas sociales y laborales”). El total de los capítulos, con una alta coherencia interna, da cuerpo a un libro realmente interesante, crítico y lleno de sugerencias.

Anastasio Ovejero
Facultad de Ciencias del Trabajo
Universidad de Valladolid